

Diplomacia de supervivencia, información y comunicación estratégica. La defensa de la República Mexicana en los Estados Unidos, 1861-1867

Gerardo Gurza Lavalle

 <https://orcid.org/0000-0003-0292-9510>

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México
ggurza@institutomora.edu.mx

Paolo Riguzzi, *Diplomacia de supervivencia, información y comunicación estratégica. La defensa de la República Mexicana en los Estados Unidos, 1861-1867*, México, El Colegio de México, 2025.

En este volumen, Paolo Riguzzi nos presenta un análisis incisivo y detallado de los esfuerzos diplomáticos del gobierno mexicano en Estados Unidos durante la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Como es bien sabido, al mismo tiempo, el vecino del norte estaba enfrascado en una lucha civil de gran magnitud, lo que le restaba libertad de acción y complicaba cualquier intento de afirmar la doctrina Monroe u obstaculizar de algún modo el proyecto imperial patrocinado por Napoleón III. Por este motivo, para el gobierno republicano de México, la posibilidad de obtener algún tipo de apoyo se convirtió en una cuestión de supervivencia—de ahí el título. El principal ejecutor de estas iniciativas de importancia crítica fue, por supuesto, Matías Romero, quien llegó a Washington con apenas 23 años en 1860 y pronto se convirtió en el hombre indispensable del gobierno de Benito Juárez en Estados Unidos.



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

El diplomático oaxaqueño es, ampliamente justificado, el protagonista principal del libro de Riguzzi.

Aunque el monumental esfuerzo diplomático encabezado por Romero ha recibido la atención de muchos historiadores, Riguzzi lo analiza en todos sus componentes con sofisticación y agudeza, y lo conceptualiza de tal forma que no sólo resulta de gran interés, sino que también nos hace comprender, como ningún trabajo previo sobre el tema, la magnitud y los alcances de esta “diplomacia extraordinaria;” su rompimiento con precedentes y tradiciones, su creatividad e innovación, su impacto, y también sus limitaciones y riesgos. En otras palabras, pese a que el terreno es relativamente bien conocido, el análisis de Riguzzi es original y constituye una auténtica aportación.

El libro se desarrolla en tres ejes temáticos complementarios: la relación entre diplomacia, medios de comunicación y propaganda en el contexto de las guerras a ambos lados de la frontera; la historia de las relaciones binacionales; y la dimensión internacional de la lucha contra el imperio. La primera parte del volumen se dedica al análisis del contexto, de las condiciones estructurales y de las posibilidades para el esfuerzo diplomático que encabezó Romero, así como de los retos más significativos que tuvo que enfrentar. Un primer postulado de gran interés radica en que el régimen republicano tenía la necesidad imperiosa de aumentar su “poder intangible.” El gobierno de Juárez se encontraba en una situación de enorme debilidad—desplazado de la capital y con el control de apenas una porción del territorio, sin recursos fiscales y también aislado diplomáticamente— y, en esa medida, enfrentaba como tarea indispensable mejorar su reputación y su imagen internacional. Esta necesidad creó las condiciones para articular un discurso simbólico basado en la idea de la solidaridad republicana. En esta visión, México era una república hermana que luchaba por su supervivencia contra una invasión

extranjera y, al igual que Estados Unidos, contra una rebelión interna encabezada por una facción que pugnaba por preservar instituciones retrógradas y ancladas a intereses aristocráticos. En este esfuerzo de proyección de imagen, México era una república auténtica que, pese a todos los desórdenes políticos de las décadas previas, tenía bases sólidas y sólo necesitaba ayuda para triunfar y prosperar. De aquí también la importancia de la doctrina Monroe, invocada por Romero y sus aliados, no por el gobierno de la Unión (de hecho, Lincoln y su secretario de Estado optaron por no hacer mención alguna de ella durante la Guerra Civil).

El público y la clase política estadounidense, sin embargo, estaban divididos. Algunos grupos simpatizaban con la causa mexicana y la consideraban merecedora de algún auxilio; otros sectores creían que México era una república sólo en el papel y que, por lo tanto, no valía la pena arriesgar nada para apoyarla o sostener la doctrina Monroe. Lo anterior pone de relieve que, si bien la preocupación por las implicaciones geopolíticas de la presencia francesa en México era importante, el factor de las percepciones era fundamental: México tenía que lucir como un proyecto viable de república; de lo contrario, se podía tolerar con cierta facilidad el experimento monárquico. No habría razón para combatirlo si tuviera éxito en su esfuerzo por lograr el orden y el desarrollo económico. Las percepciones tenían una importancia vital.

Así, el esfuerzo de Romero se centró en una intensa campaña para persuadir a la opinión pública estadounidense del riesgo geopolítico de dejar sin respuesta el reto de Francia a la Doctrina Monroe, pero también, de manera enfática, de que el gobierno republicano sobrevivía en México y podría consolidarse una vez que la facción conservadora y clerical fuera derrotada (el posterior alejamiento de Maximiliano del grupo ultraclerical debido a su sostenimiento de varias medidas reformistas fue convenientemente ignorado).

Cabe agregar que los propósitos de Romero no se limitaban por completo a la coyuntura de las guerras, sino que tenía el propósito de más largo plazo de lograr una normalización de las relaciones entre ambos países. En este punto, Riguzzi toma distancia de varios autores para quienes la base del acercamiento entre las dos repúblicas se encontraba en los prospectos de inversión y negocios que el propio Romero empezó a promover. Riguzzi señala de manera convincente que en estos años es difícil encontrar proyectos concretos en esa dirección, y que Romero percibía que la clave para una relación más estable y un mejor entendimiento con Estados Unidos en el futuro derivaría del propio esfuerzo por proyectar una imagen más positiva de México. Este es un punto importante para la consideración de la relación binacional en el periodo posterior a 1867.

La segunda parte del libro está dedicada a un análisis cuidadoso de las gestiones y los mecanismos de los que se valió Romero para contrarrestar la propaganda francesa e imperial y diseminar una narrativa estratégica en la que México figuraba como una república digna y en pie de lucha. Romero se dedicó con notable ahínco a las tareas de difusión, arreglándoselas para que diversos órganos de la prensa publicaran una inmensa serie de piezas informativas que podían causar el efecto deseado en la opinión pública. Esta labor incluyó intervenciones directas por parte de Romero; es decir, él mismo produjo textos, a veces de manera simulada o apócrifa, e intervino directamente en la prensa para rectificar información falsa o perjudicial a la causa republicana. De manera complementaria, organizó banquetes y reuniones para ampliar y profundizar su influencia en círculos importantes de políticos y hombres de empresa. Esta fue una labor de gran complejidad, en la que, además de ser representante de su gobierno, Romero se convirtió en difusor de información, formador de opinión y coordinador de una red densa de

relaciones públicas. En esta “diplomacia ampliada”, como la llama Riguzzi, fue fundamental la alianza que Romero pudo establecer con el ala radical del Partido Republicano, así como con otros actores relevantes de la política y el ejército estadounidenses. Sin esta alianza, sostiene Riguzzi, la campaña informativa y de persuasión de Romero no habría alcanzado la resonancia que tuvo. Conviene agregar que, en el desarrollo de estas alianzas e intervenciones que combinaban el cabildeo con la difusión, Romero incurrió varias veces en conductas heterodoxas que desbordaban los límites apropiados para un agente diplomático y que reflejan la novedad de sus esfuerzos y los riesgos que estuvo dispuesto a correr para adelantar los objetivos de su misión.

¿Cuáles fueron, a fin de cuentas, los resultados de su empeño? El autor advierte de antemano que medir el éxito de la diplomacia extraordinaria no es sencillo, pero concluye que las gestiones de Romero tuvieron influencia en el ámbito público y que “pudo moldear parcialmente la agenda informativa en los Estados Unidos acerca del conflicto mexicano (p. 235).” Pasando a un plano más concreto, basa una evaluación positiva en una lista de tareas “cumplidas” que el propio Romero elaboró cuando ya se acercaba al cierre de su encargo, entre las que destacan haber logrado el apoyo moral de Estados Unidos; la obtención de armamento; que al menos parte del público estadounidense obtuviera una visión más equilibrada de lo que sucedía en el vecino del sur y, sobre todo, que la cuestión de México se mantuviera en “constante agitación” en los órganos de opinión estadounidense. Estas dos conclusiones son muy convincentes. La evidencia y los argumentos desarrollados a lo largo del libro dejan claro que Romero logró una presencia significativa en los medios y en el discurso público, una presencia y un impacto mucho mayor de lo que permitía anticipar la posición tan débil de su gobierno y los medios tan limitados a su alcance. Asimismo, no puede negarse que tuvo éxito en

mantener el tema de la invasión francesa en el debate público. Si bien es difícil establecer un vínculo causal directo entre estos logros y la adopción de políticas concretas por parte del gobierno estadounidense, su influencia favorable, en términos generales, resulta muy probable.

Por otra parte, el estudio propone otra conclusión que abre la puerta a algunos cuestionamientos, al menos para este lector. Una pregunta casi inevitable en los estudios sobre las relaciones México-Estados Unidos en esta coyuntura tiene que ver con el papel del vecino del norte en la victoria republicana en México. ¿Qué tan fundamental fue? Riguzzi describe un panorama historiográfico dominado por visiones nacionalistas: la estadounidense, por un lado, que postula que su contribución para la derrota del imperio y el triunfo final de la república en México fue crucial (un reflejo más del impacto liberal y democratizador de la victoria de la Unión en el mundo); la mexicana, por el otro, que señala la insignificancia de la aportación estadounidense y reclama todo el mérito para Juárez y el ejército liberal. Desde el inicio del libro, Riguzzi rechaza acertadamente esta visión polarizada y anuncia que su interpretación buscará un equilibrio. Sin embargo, al tratar el tema con más detalle, Riguzzi parece sugerir que la aportación estadounidense (armas, dinero y presión diplomática sobre el gobierno francés para que retirara sus tropas una vez concluida la guerra civil) en el último análisis sí resultó necesaria para la victoria republicana. Riguzzi es cuidadoso y, en sus conclusiones, postula que la contribución fue “muy significativa”, pero el tono empleado al abordar este problema en varias partes del libro, así como la manera en que presenta la evidencia, parecen reflejar que, en su opinión, la serie de medidas e intervenciones realizadas por Estados Unidos fue decisiva para el resultado final. Es necesario advertir que esta cuestión no puede establecerse con toda certidumbre, ya que involucra varios contrafactuales a los que no puede darse una respuesta definitiva. Sin

embargo, no se trata de un debate ocioso, ya que el problema sigue retratándose de manera muy sesgada en estudios recientes. Varios autores estadounidenses, sobre todo, afirman una relación de causa-efecto entre la victoria de la Unión y la retirada francesa y, con ello, sostienen una interpretación que exalta el papel internacional de Estados Unidos como propulsor de la libertad. En cualquier caso, aunque este no es el lugar para entrar en un debate puntual sobre el tema, la evidencia disponible también permite postular que la contribución estadounidense fue menos decisiva para el triunfo republicano de lo que Riguzzi parece sugerir.

Por último, hubiera sido deseable que Riguzzi abundara un poco más en una comparación muy sugerente. Me refiero a la que plantea con el caso de Edmond Charles Genet, el diplomático francés que, 70 años antes que Romero, realizó un esfuerzo similar para presionar al gobierno estadounidense a fin de que adoptara una posición favorable a Francia en las guerras revolucionarias (1793). Genet quiso capitalizar las simpatías que inspiraba la república francesa en amplios sectores del público estadounidense y también trató de apelar directamente a la opinión pública cuando resultó evidente que el gobierno encabezado por George Washington optaría por la neutralidad. Se trata de un caso con varias similitudes importantes con el de Romero, cuyo análisis, pese a las diferencias de contexto y de periodo, seguramente se podría sacar mayor provecho.

Sin embargo, Riguzzi ya cubre una gran cantidad de terreno, y sería injusto exigir mayor profundidad en una comparación que aspira solamente a ser ilustrativa. En 237 páginas muy bien escritas y de ágil lectura, su libro nos ofrece una historia analítica y reflexiva de las relaciones México-Estados Unidos durante los conflictos armados a ambos lados de la frontera, y mucho más: es una historia de la relación entre

diplomacia, opinión pública y política exterior en el contexto de las guerras, en la que hay una hebra de historia del periodismo estadounidense a mediados del siglo XIX, y también elementos de historia intelectual y de la cultura política de ambos países. Asimismo, Riguzzi se confirma como el historiador que conoce con mayor profundidad la figura de Matías Romero, cuya relevancia para el curso de la relación binacional en la segunda mitad del siglo XIX no puede exagerarse.

Diplomacia de supervivencia será de consulta obligada para los especialistas en la dimensión internacional de la intervención francesa y el imperio, así como de la coyuntura de las guerras compartidas en Norteamérica durante los 1860s. También será de gran interés para especialistas en relaciones internacionales interesados en la relación entre la diplomacia y la opinión pública. Gracias a su lenguaje claro y directo, el libro es igualmente apto para estudiantes de licenciatura.